

AUTORA BEST SELLER #1 DEL NEW YORK TIMES
VICTORIA SCHWAB



LOS
TÚNELES DE HUESOS

Segundo libro de
Las crónicas de Cassidy Blake

Los problemas parecen no abandonar a Cassidy Blake.

Ahora, Cass junto a Jacob (su mejor amigo, que es un fantasma) están en París, donde los padres de Cassidy se encuentran filmando un nuevo episodio de su programa sobre las ciudades más embrujadas del mundo. Comer *croissants* y visitar la Torre Eiffel es muy divertido, pero hay peligros verdaderamente escalofriantes al acecho debajo de París... en las famosas Catacumbas.

Cuando Cass, por accidente, despierta a un espíritu muy poderoso, se ve obligada a confiar en sus habilidades como cazafantasmas que aún está aprendiendo a dominar. Ahora, deberá confiar en viejos y nuevos amigos para develar el misterio que se esconde en la ciudad de las luces. Pero el tiempo corre y el espíritu que Cassidy despertó se está volviendo cada vez más fuerte.

Si no lo logra, la fuerza que liberó podría atormentar París por siempre.

Victoria Schwab regresa al tenebroso mundo de *La ciudad de los fantasmas*, con una nueva aventura, protagonizada por un dúo inolvidable. Y recuerda: a veces, incluso los mejores amigos fantasmas tienen secretos...

Índice de contenido

Parte uno. La ciudad de la luz

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

Capítulo cinco

Capítulo seis

Parte dos. Fabricante de travesuras

Capítulo siete

Capítulo ocho

Capítulo nueve

Capítulo diez

Parte tres. Amenazas

Capítulo once

Capítulo doce

Capítulo trece

Capítulo catorce

Capítulo quince

Capítulo dieciséis

Parte cuatro. Caos

Capítulo diecisiete

Capítulo dieciocho

Capítulo diecinueve

Capítulo veinte

Capítulo veintiuno

Capítulo veintidós

Capítulo veintitrés

Parte cinco. Recuerdo

Capítulo veinticuatro

Capítulo veinticinco

Capítulo veintiséis

Capítulo veintisiete

Capítulo veintiocho

Capítulo veintinueve

Sobre la autora

A mi familia, a veces lejos, pero
siempre cerca de mi corazón.

«El pasado es un fantasma muy
perseverante, que nos atormenta cada
vez que puede».

LAURA MILLER

PARTE UNO

LA CIUDAD DE LA LUZ

Capítulo uno

El tren se desliza por debajo de la ciudad con su traque-teo habitual.

Las sombras pasan deprisa por las ventanillas, poco más que manchas en movimiento, negro sobre negro. Puedo sentir el ir y venir del Velo, los golpes persistentes de los fantasmas a ambos lados.

—Bueno, ese sí que es un pensamiento agradable —comenta Jacob, mi mejor amigo, metiendo las manos en los bolsillos.

—Pareces un gatito asustado —repongo con un susurro, como si yo no estuviera también aterrada ante la presencia de tantos espíritus.

Hablando de gatos, Grim me mira enfurruñado desde el transportín, que se encuentra sobre mi falda, sus ojos verdes prometen vengarse por su actual encarcelamiento. Mis padres están sentados frente a nosotros con su equipaje. Encima de sus cabezas, hay un mapa del metro que parece una maraña de líneas de colores, más similar a un acertijo o a un laberinto. Una vez fui a Nueva York con mis padres, viajamos en metro todos los días y nunca logré entender esa locura.

Y eso que estaba en mi propio idioma.

Jacob se apoya contra la pared a mi lado y yo miro otra vez por la ventanilla. Examino mi imagen reflejada en el cristal —pelo marrón y desordenado, ojos marrones, cara redonda y la vieja cámara de fotos alrededor del cuello—,

pero el espacio que está junto a mí, donde debería estar Jacob, se encuentra vacío.

Supongo que debo dar una explicación: Jacob es, como a él le gusta denominarse, alguien «con capacidades diferentes». Básicamente, un fantasma. Nadie puede verlo salvo yo. (Y una chica a la que conocimos hace poco llamada Lara, pero eso es solo porque ella es como yo, o yo soy como ella, alguien que cruzó el límite entre los vivos y los muertos, y logró regresar). ¿Si resulta extraño esto de tener un mejor amigo muerto? Bueno, sí, lo es, pero no es ni de lejos lo más extraño que existe en mi vida.

Me llamo Cassidy Blake y, hace un año, estuve a punto de ahogarme. Jacob me salvó la vida y, desde entonces, puedo entrar en el Velo, un lugar plagado de espíritus de aquellos muertos que no encuentran paz. Mi trabajo es liberarlos.

—Tu trabajo según *Lara* —señala Jacob con el ceño fruncido.

He olvidado mencionar que Jacob puede leer mi mente. Al parecer, eso es lo que sucede cuando un fantasma logra hacer regresar a un humano que estaba al filo de la muerte: quedamos un poco entrelazados. Y como si no fuera suficientemente extraño que me siga un chico muerto con poderes telepáticos, la única razón por la cual estamos en este tren es porque mis padres están grabando un programa de televisión sobre las ciudades más embrujadas del mundo.

¿Veis?

El hecho de que Jacob sea un fantasma está comenzando a parecer algo normal.

—*Paranormal* —corrige con una sonrisa torcida.

Pongo los ojos en blanco mientras el tren empieza a disminuir la velocidad y una voz del intercomunicador anuncia la estación.

«Concordia».

—Es la nuestra —indica mi madre levantándose de un salto.

El metro se detiene, descendemos y nos abrimos paso a través de la multitud. Me siento aliviada cuando mi padre sujeta el transportín de Grim (este gato es más pesado de lo que parece) y subimos las escaleras arrastrando las maletas y a nosotros mismos.

Cuando llegamos a la calle, me detengo y me quedo sin aliento, no por el ascenso sino por la vista que tengo frente a mí. Estamos en el borde de una plaza *inmensa*. En realidad, se trata de un círculo rodeado de edificios de piedra clara, que reflejan la última luz del atardecer. Molduras doradas brillan en todas las superficies, desde los pasamanos de la acera hasta los postes del alumbrado, desde las fuentes hasta los balcones y, a lo lejos, se eleva la torre Eiffel como una lanza de acero.

Mi madre extiende los brazos como si pudiera abarcar toda la ciudad en un gigantesco abrazo.

—Bienvenidos a París.

Uno podría pensar que todas las ciudades son iguales.

Pero sería un error. Venimos de Edimburgo, Escocia, un enclave de piedras pesadas y calles angostas, el tipo de lugar que siempre parece estar cubierto de sombras.

Pero ¿París?

París es elegante, inagotable y deslumbrante.

Ahora que estamos al nivel de la calle, los golpes persistentes de los fantasmas se han apagado y el Velo es solo un roce ligero contra mi piel, poco más que un destello grisáceo en el borde de mi vista. Tal vez París no esté tan embrujada como Edimburgo. Tal vez...

Pero no estaríamos *aquí* si eso fuera verdad.

Mis padres no están interesados en los cuentos de hadas.

Están interesados en las historias de fantasmas.

—Por aquí —indica mi padre, y echamos a andar por una ancha avenida llamada Rue de Rivoli, una calle con

tiendas elegantes a un lado y árboles del otro.

La gente camina animadamente con trajes *chic* y tacones altos. Hay dos adolescentes apoyados contra una pared: un cigarrillo cuelga de los labios del chico y la joven lleva una blusa de seda con un lazo en el cuello, como salida directamente de una tienda de moda. Pasamos junto a otra joven con bailarinas con brillos y un chico con una camiseta polo rayada paseando a un caniche. Aquí, hasta los perros están perfectamente peinados y acicalados.

Echo una mirada a mi aspecto y, de repente, me siento muy mal vestida con mi camiseta violeta, mis pantalones elásticos de color gris y mi calzado deportivo.

Jacob siempre está igual: el pelo rubio alborotado, la camiseta de superhéroe arrugada, los vaqueros oscuros y gastados en las rodillas y el calzado tan arañado que no puedo adivinar de qué color solía ser.

—Así soy yo —comenta mi amigo encogiéndose de hombros con evidente indiferencia.

Pero es fácil no preocuparse por lo que piensan los demás cuando nadie puede verte.

Levanto la cámara y miro las aceras de París a través del visor resquebrajado. Es una vieja máquina manual, cargada con rollo blanco y negro. Ya era vieja antes de que las dos nos zambulléramos en un río helado cerca de mi casa, al norte del estado de Nueva York. Y luego, en Escocia, se golpeó contra una lápida y el lente se hizo añicos. En una tienda de fotografía, una joven muy simpática me dio un reemplazo, pero el lente nuevo tiene un remolino, como si fuera la huella de un dedo pulgar, en medio del cristal; una imperfección más para agregar a la larga lista.

Pero lo que convierte a la cámara en algo muy especial es cómo funciona *más allá* del Velo: captura una parte de lo que hay del otro lado. No ve tan bien como yo, pero no cabe duda de que ve más de lo que debería. Una sombra del mundo de las sombras.

Estoy bajando la cámara cuando suena mi teléfono.

Es un mensaje de Lara.

Lara Chowdhury y yo nos cruzamos en Edimburgo. Tenemos la misma edad, pero se puede afirmar con total certeza que ella está años por delante en lo que a cacería de fantasmas se refiere. También es de mucha ayuda para ella pasar todos los veranos con el espíritu de su tío muerto, que resulta —resultaba— ser un experto en todo lo relacionado con cuestiones sobrenaturales. Él no era un Intermedio (así es como Lara llama a las personas como nosotras), solo un hombre con una vasta biblioteca y un macabro pasatiempo.

Lara: ¿Ya te has metido en algún problema?

Cass: Defíneme problema.

Lara: Cassidy Blake.

Casi puedo escuchar la irritación en su elegante acento inglés.

Cass: Acabo de llegar.

Cass: Confía un poco en mí.

Lara: Eso no es una respuesta.

Giro el teléfono, esbozo una sonrisa boba y me tomo una foto levantando los pulgares contra la calle atestada de gente. Jacob está dentro del plano, pero obviamente no aparece en la foto.

Cass: Jacob y yo te mandamos saludos.

—Tú le mandas saludos —refunfuña mi amigo leyendo por encima de mi hombro—. Yo no tengo nada que *mandarle*.

En cuanto Jacob hace el comentario, Lara envía una rápida respuesta.

Lara: Dile al fantasma que se mueva.

—Ah, ya hemos llegado —exclama mi madre, señalando el hotel que está justo frente a nosotros. Guardo el teléfono en el bolsillo y alzo la vista.

La entrada es muy ornamentada: cristal biselado, una alfombra en la acera y una marquesina anunciando el nombre: HOTEL VALEUR. Un hombre vestido de traje sostiene la puerta mientras entramos.

Algunos lugares anuncian a los gritos que están embrujados... este no es uno de ellos.

Atravesamos un vestíbulo muy grande y refinado, todo dorado y de mármol. Hay columnas, ramos de flores y un carrito plateado para las bebidas, lleno de tazas de porcelana. Parece una elegante tienda con distintos departamentos. Permanecemos ahí, de pie, un padre, una madre, una chica, un gato y un fantasma, todos completamente fuera de lugar.

—*Bienvenue* —nos saluda la mujer de la recepción mientras sus ojos alternan entre nosotros, nuestro equipaje y el gato negro en el transportín.

—Hola —exclama mi madre alegremente y la recepcionista cambia a nuestro idioma.

—Bienvenidos al Hotel Valeur. ¿Ya habéis estado antes aquí?

—No —responde mi padre—. Es nuestro primer viaje a París.

—¿Sí? —La mujer arquea una ceja oscura—. ¿Qué os trae a nuestra ciudad?

—Es un viaje de negocios —explica mi padre al mismo tiempo que mi madre contesta:

—Estamos grabando un programa de televisión.

La recepcionista cambia de actitud y sus labios se tuercen con desagrado.

—Ah, sí —comenta— vosotros debéis ser... *los buscadores de fantasmas*. —Por la forma en que lo dice me sube

el calor a las mejillas y el estómago me da un vuelco.

—Veo que tenemos una escéptica ante nosotros —señala Jacob a mi lado mientras chasquea los nudillos.

Hace un mes, ni siquiera podía empañar una ventana. Ahora está echando un vistazo en busca de algo que romper y su atención se posa en el carro de las bebidas. Le lanzo una mirada de advertencia mientras articulo con la boca la palabra *no*.

La voz de Lara resuena dentro de mi cabeza.

El Intermedio no es lugar para fantasmas y, desde luego, este lado tampoco lo es.

Cuanto más tiempo se quede, más fuerte se volverá.

—Somos investigadores paranormales —corrige mi madre.

La recepcionista arruga la nariz.

—Dudo que encontréis aquí algo semejante —acota, las uñas impecablemente pintadas repiqueteando en el teclado—. París es un lugar de arte, cultura e historia.

—Bueno —comienza a decir mi padre—. Yo soy historiador y...

Pero mi madre le pone una mano en el hombro como diciendo: «No vale la pena».

Justo cuando la mujer nos entrega las llaves, Jacob logra finalmente empujar el carro de las bebidas y una taza de porcelana resbala hacia el borde. Estiro la mano y sujeto la taza antes de que caiga.

—Fantasma malo —susurro.

—No hay diversión —masculla Jacob mientras subimos detrás de mis padres.

En Escocia, la gente habla de fantasmas de la misma forma en que uno podría hablar de una joven rara o de un chico extraño de su barrio. Algo fuera de lugar, seguramente, pero indiscutiblemente *presente*. Edimburgo estaba embrujada de los pies a la cabeza, desde sus castillos hasta sus ca-